

## EL MATRIMONIO DE EUGENIA DE MONTIJO

El espacio de la T. V. E. emitido por la noche y que terminó la semana pasada, dedicado a la ilustre granadina cuyo nombre encabeza estos renglones, ha merecido la atención de los asiduos televidentes. Se trataba de unas notas de corte biográfico, de las cuales fueron de deplorar enormes lagunas y repentinos saltos sin la ilación precisa, de quien llegó a ceñir la corona imperial de Francia y a ser, por tres veces, regente de su pueblo adoptivo. Con evidencia, es casi imposible refundir en la brevedad de un filme la historia de una gran dama, en cuya corte parecieron trenzarse los hilos de la política europea, desde 1853 a 1870. Y, por otra parte, una recensión telegráfica de los avatares de un tan denso período, con facilidad hubiera caído en lo fastidioso y con mengua del interés semi-novelesco de la relación.

No vamos, por lo mismo, a quitar ni a suplir ninguna escena ni, siquiera, ninguna palabra del diálogo. Mucho se ha escrito de Doña Eugenia de Guzmán-Portocarrero-Palafox y Kirkpatrick, hija del conde de Montijo y, a su vez, condesa de Teba, de Baños, de Mora, de Ablitas, de Moya y de Osera, y vizcondesa de la Calzada. Y mucha tinta corrió para ponderar su extremada belleza, su singular talento, sus sentimientos delicados, su discreción y la grandeza de su corte, y aún para glosar los buenos oficios de la que fue su madre, la noble irlandesa María Manuela Kirkpatrick, sin cuyo consejo y sin cuya femenil habilidad no hubiera llegado Eugenia a tan altos destinos.

Lo único que nos proponemos es retraer una parte de dos cartas en su día escritas con reserva por el que, al tiempo del matrimonio de la Montijo con Napoleón III, fue embajador de España en Francia, Don Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, y ambas dirigidas al primer secretario de Estado. Estos despachos con cuatro más, de orden meramente político, se exhumaron por primera vez en 1937, publicados en el **Ibero-Amerikanische Archiv**, con el título **Donoso Cortés und Napoleón III**. Desde entonces, han corrido mundo, y a uno de los tales despachos se refería parte de un diálogo del emperador con su esposa, en el filme de la T. V. E. Los dos son interesantísimos y, de seguro, no displacerán a nuestros lectores... y aún menos a nuestras lectoras. Vayamos a transcribirlos en su parte necesaria y al pie de la letra.

Dice el primero:

"Legación de España en París. - N.º 45. - 1.ª Sección. - Reservado.

Este despacho será consagrado casi exclusivamente a los grandes sucesos que hoy llaman y ocupan la atención de la Francia y del mundo: el matrimonio del emperador y el discurso que le sirve de comentario.

El matrimonio reconoce tres causas: el amor, el despecho y el iluminismo, si puede decirse así, del emperador de los franceses. El amor es claro para todos los que han seguido los movimientos y la conducta del jefe del Estado de algún tiempo a esta parte; el despecho ha sido producido por la conducta un tanto desdeñosa de las dinastías europeas en sus relaciones con el nuevo Imperio; empero, ni el despecho ni el amor

hubieran bastado para llevar a dichoso fin este matrimonio sin la acción secreta e irresistible de una causa misteriosa, que parece como el principio universal de todas las acciones de Luis Napoleón y de su matrimonio, señaladamente. Como esta causa no llegará a conocimiento de los historiadores futuros, me ha parecido conveniente consignarla en este despacho.

Estando el emperador en Fontainebleau en el mes de noviembre, y como recorriera el bosque con la condesa de Teba, hubo de pedirle que consultara su reloj para saber a punto fijo la hora. Esto sería a las once de la mañana. La condesa examinó su reloj y vio, con disgusto, que se había parado a las seis y cuarto. El emperador, después de haberse chanceado con ella por sus descuidos y olvidos, sacó su propio reloj. ¿Cuál sería su asombro al ver que su reloj también se había parado, señalando la misma hora y los minutos que el de la condesa? Su semblante se inmutó y cayó en una distracción profundísima. La idea del matrimonio atravesó en aquel momento su espíritu supersticioso. Cuando acariciaba ya esta idea, sin estar aún determinado para realizarla y seguirla, llega a sus oídos otra nueva maravillosa. Un sabio botánico trajo años atrás de América, para el jardín de plantas, una hasta entonces desconocida que dejó aquí de florecer y que sólo dio flores el año en que se celebraron bodas entre Josefina y el general Bonaparte, pasado el cual volvió a su estado de esterilidad y de muerte. Pues bien: esa planta misteriosa se ha vestido de flores este año. Cuando el emperador lo supo, el matrimonio fue decidido. Resuelta esta gran cuestión, era necesario resolver el tiempo del enlace; cuestión gravísima para el emperador, en quien, sobre otras supersticiones, predomina la de los días faustos o nefastos y la de los aniversarios tristes o gloriosos. El mes de febrero es infausto porque es el mes de las revoluciones. En marzo cae la cuaresma. Cuando revolvía en sí misma esta gran cuestión, se acuerda de súbito de que uno de los oficiales generales del ejército de Roma, le dijo de parte del Papa que había tenido el presentimiento de que, en enero próximo, el emperador estrecharía entre sus brazos a la esposa que le destinaba el cielo. En el punto cesaron todas las vacilaciones. Su matrimonio debía celebrarse en domingo, día fausto, y en enero, mes presentido por el Papa; por eso se verificará el enlace el día 30, último domingo del mes de enero.

No extrañe vuestra excelencia estas cosas. ¿Cómo extrañar que sea supersticioso un hombre que, considerado en sí mismo, es un prodigio? Porque la naturaleza del emperador es la más compleja y la más rica y la más extraña que yo conozco. Hombres dados a supersticiones, hay muchos. Hombres dotados de una habilidad singular para las cosas prácticas, se encuentran en todas partes. Pero ¿dónde encontrar a un hombre que, como él, reúna calidades incompatibles, la exaltación mística y la habilidad práctica? Porque no hay que olvidar que el hombre que acabo de describir, mudo de terror en presencia de dos relojes parados, estático de asombro ante un arbusto que florece, conmovido en lo más hondo de su ser por un vago presentimiento, es el mismo que meditó, combinó y llevó a cabo el golpe de Estado de diciembre; el mismo que